

OROSPEDA

REVISTA QUINCENAL
CIENCIA * LITERATURA * ARTE

Año II

Murcia 1.º de Marzo de 1917

Núm. 7

LAS ERAS

(1)

Lector, vamos a dejar la ciudad por un momento. No perderemos nada, porque ni a V. ni a mí nos han de hacer de la Comisión provincial que es la breva que ahora se disputa. Vámonos a la huerta. Por aquí, por esta senda, que está llena de sombras de los granados e higueras que hay en su orilla. V. no tenga cuidado, que no nos perderemos: yo conozco el terreno. Vamos a la barraca del tío Paco Aristones. Echando por esta senda, así que hayamos pasado aquel panizo, salimos al camino; tomamos luego un carril que hay a la derecha, saltamos el partidor de los Cerezos, tomamos luego, seguido seguido, el amparo del cañar, y en la rinconada de la derecha, allí, bajo aquel pino, entre aquellas higueras, allí verá una cruz de palo que sale por entre aquel bosque de verdura: aquella es la barraca del tío Aristones.

El tío Aristones no dice más palabra mala que ésta: «¡Malhaya sea el cañón!»—Ahí da gusto de hablar con él. No crea V. que es un pancho de esos bastos de los bandos de Carnaval, no; el tío Aristones tiene mucha luz natural, un corazón sano, y fe en Dios y en la Virgen.—Ahí lo tiene V.: ya hemos llegado a su casa.—Tío Paco?

—¡Caballeros! «alante».

—¿Cómo estamos de salud?

—Bien, gracias a Dios. Pepa, saca sillas aquí a la sombra de la parra.

—¿Tiene V. agua?

—Lo que es el agua en mi casa, se puede beber: tengo la «fantasía» de beberla de Santa Catalina, porque lo que es esta de la «cieca» le hace a uno un ranal en el estómago. Pepa, saca la jarra.

—¿Esta muchacha es hija de V., tío Paco?

—En la casa ha «nacío».

—Dios le dé tanta suerte como es buena moza.

—Buena está el agua!

—¡Buena!

—Y qué se hace ahora, tío Paco?

—Pues, ahora estamos trillando el poco grano que hemos «cogío»... hoy he «echao» en la era la última «parva»... es trigo «barrero»... pero hará buen pan... ahora vamos a «volver»... si ustedes quieren venirse «pa» la era, verán aquello.

—Yo quiero montarme en el trillo...

—¿Pero V. sabe llevar el «torno»? porque «ustés» los de Murcia, por lo que leen en los libros se piensan que lo saben «tío» lo de la huerta; y no hay tal.

—¡Hombre, no digo que sé! pero montarme en el trillo y guiar las yeguas, creo que no tiene ninguna ciencia.

—Pues, sí, señor: llevar el torno en la parva es hacer que el trillo pase igual número de veces por todos los haces, que corte igualmente la paja, que no se hagan «rollos».

—¡Me basta con eso!

—Pues vamos a la era.

Estaba la era allí próxima, en un bancal más alto que los demás, y en el cual tenían entrada libre los aires. Trillaba un par de yeguas conducidas por un muchacho, que en pie sobre el trillo, con su látigo en la ma-

(1) Artículo publicado en *El Diario de Murcia* y reproducido por *El Semanario Murciano* en 1880.

no, con su sombrero de paja a la cabeza, con sus zaragüelles blancos, movidos por el viento, dando sereno las redondas vueltas sobre la desigual miés, parecía nada menos que Neptuno llevado sobre las olas por sus tritones. El tal iba cantando, ese canto especial de la trilla, que tiene algo del acompañado y monótono chirrear de la cigarra, que parece le hace el dúo cuando el calor se deja sentir en todo su esplendor.

Cerca de un cuarto de hora empleó en cantar la siguiente copla:

«Válgame Dios de los cielos
qué penosico es mi mal,
suspirando encuentro alivio
y no puedo suspirar.»

Cuando llegamos a la era con el tío Aristones, dió éste dos palmadas, cogió una horqueta, y dijo:

—Muchachos, a «volver».

Dos jornaleros, que estaban durmiendo a la sombra de una morera, se levantaron, cogieron igualmente sus horquetas y entraron en la era con el tío Paco a hacer la indicada operación. «Volver» es sencillamente remover la miés de modo que ésta se vaya trillando por igual. Concluida la operación volvió el tío Paco a la sombra donde le esperábamos y dijo:

—«Caballeros», las «cabañuelas» no pintan mal; el invierno próximo no será muy «crúo», habrá aguas abundantes, pintará alguna nieve, y el verano no será muy seco. ¡Dio! quiera que tengamos un buen año, que buena falta nos hace! Vamos, no lo querrán «ustés» creer, pero «sentao» yo en este caballón, «jumándome» este cigarro, en salud y con un mendrugo de pan en mi casa, no me cambio por el Duque Osuna. ¡Dios es muy grande! Sólo el poder de Dios puede hacer que yo, que soy casi un verbigracia, sea aquí, en este rincón de mi barraca, más feliz que el Rey en Madrid y en su palacio. Yo no me estremecí cuando ví la «riá»; no dije más que «¡lo que Dios quiera!». Y ahí tiene V., Dios me ha «dao» por una barraca de mala muerte, una de dos pisos más «güena» moza que el mundo...

El tío Aristones iba a seguir su discurso; pero llegó a la era su hija Pepa y otra muchacha, que entre las dos traían la merienda: ¡qué merienda! Una fuente de carne trita

con patatas que echaba un olor capaz de resucitar a un muerto; cuatro panes de a tres libras, pau moreno, pero sabroso como todo lo moreno; una cesta de ciruelas y pepinos, y un capazo de melones de los del Reguerón. El porrón del vino estaba tan lleno que se salía por el pito. La muchacha tendió los manteles con el salero del mundo, y se empezó la merienda.

—¡Jesús y mojo!—dijo el tío Paco.

Y que quieras que no quieras, todos comimos. La carne era de cordero y estaba tierna; las patatas, doradas; el vino, seco; el pan, del día. El tío Aristones parecía un patriarca; a los jornaleros daba envidia verlos comer; a la hija del tío Paco daba gusto verle los ojos, que los tenía muy grandes, y la cintura que la tenía muy delgada... ¡Qué merienda aquella!...

Púsose el sol. Empezaron a venir las sombras y el fresco de la noche. Dió la oración, que rezó el tío Paco y todos contestamos con fervor... Y el lector que me acompañó, y el que escribe estas líneas se volvieron a Murcia con el alma dulcemente impresionada de aquellas sencillas escenas, que apenas he podido bosquejar por no hacer este escrito muy largo. Pero, al volver a Murcia, ¿qué dirán ustedes que fué lo primero que vimos? A un hombre que lo llevaban atado codo con codo a la cárcel, porque le había dado tal paliza a su mujer, que habían tenido que olearla.

J. MARTINEZ TORNEL.

Sermón retahila de tesis reaccionarias sobre el auto particular por las carreteras

(¿Exordio?—Un auto que os aturde con su lejano gruñido y os besa en los ojos muy luego con una inyección de polvo y perfumado humo!.

1.^a *El automóvil particular por las carreteras es algo tan indigno de la civilización como digno de la barbarie, por dos razones:*

a) Porque es bárbara la afición desmedida al juego y al juego peligroso; (y así aun hoy los hombres bárbaros que corren por esos nuestros refinados mundos aman a la mujer como «el juguete más peligroso») y juego peligroso es la inutilidad de precipitarse a grandes velocidades por carreteras de más y más curvas y revueltas; yo confieso ingenuamente que alguna vez ha gozado el hombre bárbaro que hay en mí al sentir como me precipitaba (en auto ajeno, por supuesto) cuesta abajo de una montaña (el Tibidabo de Barcelona, por ejemplo), con el peligro de dar en el precipicio o estrellarme contra uno de los autos que de pronto aparecían tras una curva; mas reconozco también que este mi gozo del juego peligroso es bárbaro, impropio del hombre culto que sólo afronta el peligro para el bien, no por juego.

b) Porque la civilización resulta de una recíproca restricción de los albedríos individuales ante la norma del bien común que a todos condiciona; mientras que el deseo de los bárbaros es rechazar toda restricción de sociabilidad, hacer de su voluntad su ley, el individualismo *a outrance*. En el tren, conviene por una razón general que un día se individualiza en A, otro en B, detenerse en tal lugar; pues tal lugar pasa a ser una estación donde se detiene el tren según norma fija y a ella se atiene la Sociedad, y allí ha de parar lo mismo uno que otro, todos los que van en el tren: por ello principalmente es el tren un elemento de cultura, un medio de educación social, de civilización. El auto representa la vuelta a la barbarie: el que va en él (entiéndase siempre que hablo del auto particular, no de un *autobus*) para donde le da la real gana, no tiene otra ley que su capricho, va a gran o poca velocidad, se detiene o no se detiene, nunca por una norma social sino por su voluntad.

Porque el automóvil acaricia y pasa la mano por el lomo de la bestia bárbara con ese incentivo del juego peligroso y del individualismo suelto, por ello se explica sea preferido al viajar en tren con toda comodidad, a pesar de los bruscos sacudimientos, de tragar polvo, de la posición sentada que constantemente requiere, con tendencia a la horizontal en las grandes velocidades, mien-

tras en el tren con menor gasto se puede pasear tranquilamente, comer en la mesa y dormir en cama.

También entra en tal preferencia el factor de la vanidad, pero como ese factor entra en todas las cosas, no merece aquí estudio especial.

2.^a *El automóvil particular por las carreteras es una falta de caridad, de humanidad y un insulto.*

Se atraviesa un pueblo, se pasa por la calle que a la vez es carretera: el paso del señor ciudadano por las calles humildes de los pueblos debiera derramar amor, ejemplo de sumisión a la ley, mostrando a los humildes cómo el poderoso también a ella se somete, un rayo de luz que hendiera la neblina de la vida de los humildes; el paso de la señora que tuviera señorío de alma y conciencia clara y bella de la misión social del señorío, debe dejar como un espectral perfume que fuera como una misteriosa revelación de cosas altas y subidas, asequibles a todos, como la luz del cielo del espacio y del cielo de las almas, asequibles a todos con tal que se sepa abrir los poros del cuerpo a los benéficos rayos del Sol y los del alma a los rayos del divino Sol de la Gracia bondadosa; el paso de los señores debiera embellecer todas las cosas y debería despertar alentadora sed de belleza, como embellece la tierra el paso; del sol—; el automóvil cruza las calles-carreteras de los pueblos empezando por un gruñido de la bocina que parece una voz soberbia y satánica que diga: «apartaos que paso yo, cuidado que paso yo, apartad las criaturas que paso yo», y la voz del gentil paso debería ser «venid que paso yo», confianza que paso yo», y debería pasar el vehículo elegante y señorial dando cuando menos una mirada de cariño a todos los humildes y a todas las obras de los humildes. Quien de esto no tenga tiempo, cure de no atravesar pueblos como no los atraviesa de por medio el tren generalmente; y el chauffeur se complace en burlar los avisos de la autoridad municipal: «Moderad las velocidades a 5 Km.» etc., y se excita en los humildes el deseo de burlar otro día las disposiciones de otras autoridades, y da el auto el ejemplo y el incentivo de la insubordinación social por la insubordinación misma;

y el paso del señor no da a los humildes sino sustos, humo y polvo. e irrita los ojos de los lugareños, y empolva los vestidos que tal modista tiene expuestos en la tienda, y llena de polvo el barril en que tiene el tendero las aceitunas, y del polvo de la calle quizás impregnado de esputos de tuberculoso hace caer una nube sobre la cesta de la tienda de comestibles en que hay ciruelas o albaricques de los cuales quizás por compra o por insignificante hurto comerán uno sin lavar ni mondar los inocentes niños que juegan por la carrera calle del pueblo: ¡cómo falta, Dios mío, la visión profunda de las menudencias!

Y sale de la calle carretera, y va por la carretera ancha y libre, y corre azorando a los carreteros cuyas recuas de cuatro o cinco mulos se espantan al trepidar del auto; y el auto que va por sport se hace ceder el paso por los carros que van por cosas útiles, y allí andan los carreteros y allí andan los mulos con los ojos encarnados e irritados del sol, y el paso del señor no les proporciona otra cosa que un cuidado, una gruñido de bocina que significa ¡atrás!, y una nube de polvo para que sus ojos se irriten más y se sequen más las sedientas bocas;—y allá en un recodo de la carretera está una familia de trashumantes, esas familias que emigran a pié a veces a grandes distancias, (un profesor elemental tuve yo que fué a pié con sus niños de Barcelona a Madrid por la carretera), y allí comen los pobres, y el paso del señor ni les proporciona una mirada de caridad ni una limosna, sino el tener que hacerse a un lado, polvo y humo para sus ojos, para su boca, para su comida; es el condimento que el automovilista esparce sobre la comida de los errantes.

3.^a Así resulta el *automóvil anti-educador* también para los que van en él, y además por otra razón más sutil:

El automovilista sacrifica al *placer de llegar y de correr por correr* con la obsesión de la velocidad (con la cual de momento ni pararía mientes en más graves atropellos), *el placer de andar*: y no sabe el arte de la vida quien al andar no se fija sino en correr y llegar, quien no saborea el camino, quien no sabe que en esta vida humana *ningún término ni fin es noble si no es camino*: no hay que precipitar la infancia para llegar a joven, que la infancia hay que vivirla para que deje el sedimento necesario a la equilibrada virilidad humana; no hay que mirar las relaciones pre-matrimoniales como una vía a correr para llegar al matrimonio, sino como una vía a andar, y a crecer en ella en su camino, con la idea de que el término no es término, que el matrimonio no es fin sino más difícil y laborioso camino para otros caminos y para nuevos caminos; en el fruto no hay que atender principalmente ni a la pulpa ni a la corteza sino al hueso, y ¿qué es el hueso sino el germen del camino a recorrer por la semilla con todas sus evoluciones?

Hay que ver en el término un camino, pensar que término y camino en lo terrenal son cosas relativas; hay que aprender y adiestrarse por tanto a recorrer los caminos como si fueran términos y a aspirar a los términos con la noble y austera conciencia de que son caminos..... El *automóvil* corre sin parar mientes en el camino, es un mal símbolo del correr de la vida, y los símbolos educan o deseducan más que las máximas.

PEDRO FONT Y PUIG

NUESTROS POETAS

DIVAGACIONES

Con el odio y con la envidia he tejido una corona,
que circunda mi cabeza bajo el ala del sombrero
y que ostento al descubrirme, orgulloso y altanero,
como timbre de nobleza que mi honor guarda y pregona.
En mi viaje por la vida, mi corona fué el escudo
que aprestóse a sostenerme en la cruda y ruín batalla
y por ella salí salvo del fragor de la metralla
del odioso impenitente, que jamás vencerme pudo.
Por el odio y por la envidia, he triunfado siempre, entero,
y la espada del contrario, hábilmente manejada,
no ha llegado a herir mi pecho y ha quedado despuntada
en el dorado cintillo de mi clásico sombrero.
Y tan libre como el metro
de mi santa poesía,
y tan amplio, como amplia
es mi loca fantasía,
disculpé compadecido a mis pobres detractores,
y pensé que eran sus odios bellas flores.
De Cyrano fiel discípulo, semejante por lo feo,
gozo al ver cuando yo paso que me niegan un saludo;
al socorro del que sufre, sin prejuicios, pronto acudo,
y hago el bien porque lo siento, porque hacerlo es mi recreo.
Aunque siempre el desengaño, en amores, fué conmigo,
no por eso a las mujeres ni detesto ni maldigo,
que también, como Cyrano, al claror de una mañana,
entre todas, he encontrado, amorosa mi Roxana.

* * *

Cuando al peso de una crítica me conmuevo, levemente,
hago versos y me río a mandíbula batiente;
que he aprendido en una ciencia, que yo creo que no es ciencia
a creer tan solamente lo que dice mi conciencia.
Y por eso que la oigo cada noche al acostarme,
porque siempre la pregunto, consecuente a una manía,
sé que nunca me reprocha, que no puede condenarme,
y me duermo como un santo, esperando el nuevo día.
Ni he robado,
ni he matado;
ni rastrero he pretendido,
explotar necesidades del que sufre dolorido...
y si he sido muchas veces, a sabiendas, explotado,
lo hice en gracia a un sentimiento que aún no está catalogado.

Al que quiso ser mi amigo
le acepté, sin restricciones,
de sus risas fuí testigo,
consolé sus aficciones
y si luego, por influjo de un pensar *humanitario*,
declaróse galeote y monstróseme adversario,
la piedad fué la respuesta a su necio desvario
y en un vaso de cerveza quedó ahogado su desvío.

*
*
*

Como no he sido ambicioso, ni tampoco aprovechado,
no he gustado los placeres que atesora la riqueza,
pero en cambio muchas veces, a mi gusto he disfrutado
los encantos que atesoran la honradez y la pobreza.
Sé que el mundo es un compuesto de una alquimia estrafalaria;
que hay canallas sempiternos por la ley de su linaje,
caballeros respetables por razón hereditaria,
y valientes que se crispan ante el soplo de un ultraje.
Yo jamás he pretendido ni lucirme ni adornarme
con la idea que hizo forma en la mente de otro hombre,
que he sabido, en mi modestia, orgulloso conformarme
con aquello a que yo solo he podido dar mi nombre.
Y mis versos, sólo míos, como míos son mis hijos,
bien o mal, allá en mis noches de vigilia y de abandono,
he formado con amores desmedidos y prolijos
y por unos y por otros vivo y lucho con encono.
Y si al fin caigo rendido escuchando mis canciones,
por mis hijos, de memoria, recitadas con esmero,
habré dado con la cima de mis bellas ilusiones,
de morir, siendo un mendigo, como Píndaro y Homero.

JESÚS DE MIJARES.

Cuentos de "Oróspeda,"

EL PÍCARO JUAN GONZALEZ

ó

LA JUSTICIA Á PALO SECO

Ese viejo monasterio real de Santa Clara, que al Norte de la ciudad yergue sus dos torres simétricas y enrejadas de espesas celosías, fué desde su fundación, en el siglo XIII, predilecto albergue de la castidad; gozó de no pocas mercedes de los reyes castellanos y del concejo de Murcia, y su buena fama se extendió a muchas leguas de la comarca.

Acaso por estas razones, el diablo mosqueaba el rabo, de pura envidia, y azuzó más de una vez a los hombres malos a soliviantar a las inocentes vírgenes, turbando la paz de su santo retiro.

Ya el propio don Enrique III, hubo de enviar cartas muy expresivas al concejo, doliéndose de los frecuentes asaltos que sufría el Monasterio, en las tenebrosas noches, y excitando a las justicias contra los villanos profanadores y robadores de monjas.

Era el instinto donjuanesco que se anunciaba ya en las misteriosas tinieblas de la Edad Media, para encarnar, siglos después, con todas sus gallardías y vilezas en «El burlador de Sevilla» y en el moderno «Tenorio».

Poseo entre mis viejos apuntes, alguno que me permite señalar como uno de los vulgares precursores del fanfarrón don Juan, en su rusticidad primitiva, a cierto vecino de la villa de Huete, en tierra de Cuenca, llamado Juan González, y él me ofrece tema para hilvanar esta historieta local, que parece cuento y que como tal pasará, aunque no lo sea.

Juan González era hombre cuarentón y casado, algo matasiete y mujeriego, y sus malos pasos le hicieron familiar de la cadena y de la piceta, porque gustaba de barbear en el cercado ajeno, cuya fruta apetecía con ciega incontinencia.

Un día se topó con Rufo, el recuero, que aderezaba sus cinco mulas para traer trigo a Murcia y retornar con carga de hierro viejo.

—También yo me holgara de ir allá si me prestases cabalgadura—le dijo Juan González.—Y como consintiera aquél por caminar en compañía, aunque no muy escogida, acomodóse como pudo en la bestia más resistente, y allá va nuestro arriscado calavera acariciando en su caletre cierta aventurilla de amor que asaltó al mentar su compañero el nombre de Murcia.

Recordaba Juan, como si la viese todavía despelotada y en zagalejo, triscando por las calles de Huete, a cierta rapaza avispada y locuaz, nombrada Martina Díaz, que muy mozuela aún, fué movida de vocación religiosa y, por ella acuciada, dejóse un día pueblo y familia y miró sin pena cerrarse tras de sí, para siempre, las puertas del bendito Monasterio.

Durante las nueve jornadas del camino, nuestro empecatado aventurero dióse a tejer en su magín la burda red en que pudiera hacer prisionera de sus brutales apetitos aquella enjaulada tórtola, acaso ya un poco fuera de sazón, pero con el lustre incitante de una regalada madurez.

Y así discurriendo, tentado del demonio que le cegaba y sin reparar en los peligros consiguientes, apenas llegado á Murcia y apeado de su acémila en un mesón de Vidrieros, cabe la Carretería, pidió al mesonero menesteres de escritorio.

Con ellos en la mano, Juan González vació con mala traza escribanil, lo que venía discurrendo en el camino, y de ello resultó una fingida carta en que la madre de Martina dábase noticia de haber finado el padre y los hermanos de la monja y haberle quedado «asaz bien con que pasar». Advertíala de su vejez y achaques y necesidad de la presencia de su hija en Huete para recoger la hacienda; y decíala, por último, que reconociera a Juan González como a pariente cercano, con quien se acompañaría bien y de quien recibiría trescientos maravedís para la costa del camino.

Leído y bien atildado el papel, dióse buena maña en buscar persona que le fiase para llegar con su embajada al convento, y la halló, por mediación del propio mesonero, en Juan Mateos de Contreras, vecino y hombre bueno de la ciudad; el cual, pecador de buena fe, presentóle a la dueña Abadesa. Consintió ésta en que recibiese Martina por el torno el mentiroso mensaje, a cuyo portador, por el solo acento de la voz, afirmó la religiosa no recordar, ni forzando mientes.

Meditado el caso y consultado con el obispo, Martina fué sacada del Monasterio y trasladada a casa del físico Maestre Ramón, bajo cuya guarda y tutela se arregló que departiesen la monja y Juan González, a rostro descubierto, para esclarecer lo tocante al parentesco.

En este punto fuéle al galán esquiva la suerte, pues la doncella no halló gafete en que prender el recuerdo de semejante hombre, por vueltas que le dió al magín, ni por ataduras que él buscara en la probanza de su inventada parentela.

Dolióse mucho de estas razones el audaz villano, y consideróse tan perdido, que extremó sus mañas por arrancar a la moza la carta delatora de su vileza, para tornarla a su procedencia. Lograda que fué, Juan González disponíase a abandonar el aposento de Maestre Ramón, pero éste, advertido del engaño, atajóle los pasos, diciéndole:

—Oiga, oiga, señor: de algo más que la carta ha sido su merced portador. Suelte los trescientos maravedís que trae para la hermana Martina, que ella se pondrá en camino cuando Dios quiera.

—De buen grado los soltara, de traerlos en la bolsa—contestó el embustero—pero acontece que Rufo el recuero me los pidió prestados, y ayer tornóse al pueblo con la recua cargada de hierro viejo.

—De hierro viejo—replicó Maestre Ramón—son los grillones con que aquí calza los piés el alguacil a los que andan tuertos. Y no le digo más.

Con ánimo turbado salió Juan González de casa del médico, y era para tal, porque descubierta ya la burda zangamanga, a las pocas horas zampáronle en la cadena, y los jueces, a vista del maleficio y tentación de sacrilegio, condenáronle a cien azotes, con escarnio, en la picota, y a salir luego de la ciudad, so pena de horca.

En tanto que la sentencia era ejecutada, Martina Díaz recobró la serena paz de su retiro, y Rufo, que caminaba bien percatado de la malandanza en que dejó a su convecino, se parecía por llegar al pueblo. Retozábale en el cuerpo el deseo de que todo Huete, y sobre todo, Catalina, la mujer de Juan González, supiesen por él tan picante y curiosa novedad.

No holgará advertir que esta Catalina, ni prole tenía con quien consolarse de tales desvíos conjugales, y su carácter, de suyo acedo, sufría a veces la fisga de sus vecinos, que se gozaban de oirla tan rijosa y huraña.

En tal catadura hallóla Rufo cuando, al entrar de retorno en el pueblo, topó con aquella a la puerta de su casa afanada en los quehaceres de aseo.

—Sábetete, Catalina—dijo el recuero sin contener un instante su ansia indiscreta—que al andariego de tu marido hélo dejado en Murcia medido en no sé que trotes. Recelo que hay faldas de por medio, y aun tocas monjiles, que es lo más serio.

—Pues sábetete, Rufo—contestó ella en altas voces—que curada estoy de todo. Hijos que Dios me hubiese mandado a tiempo, que el marido hartó me sobra.

—Otra te bulle por dentro, que de carne y hueso nos hizo Dios, Catalina—replicóle Rufo, andando calle arriba.

Una hora después quedó la novedad en lenguas de todos los corrillos, y las buenas comadres, ante pábulo tan sabroso, despacháronse con hartura.

—¿Qué hará Catalina? ¿Qué no hará Catalina?

Pues lo que hizo Catalina, luego de sosegada de su disimulado soponcio, fué buscar un acemilero del pueblo y salir de madrugada, hurtándose a la curiosidad del vecindario, por el mismo camino que el día antes dejara el vocinglero Rufo.

Y he aquí a la cuitada cabalgando a la vera de Macario López, sorbiéndose sus buenas siete leguas por día, haciendo noche en los no muy seguros mesones manchegos y contristada la ánima, pensando si a la postre hallaría muerto, o en riesgo de ello, a aquel descarriado loco, a quien el demonio con basquiña tenía atenazado y roído hasta los puros huesos.

Era Catalina, aunque zahareña y respingona, hembra de no mala compostura personal, y Macario López iba reparando en ello más de la

cuenta a medida que avanzaba en la caminata. En aquel andar cansino y muellé, su condición cerril y su salud lozana le punzaban perversamente, y se recomía atisbando de reojo a Catalina, como quien hambrea bollo y a torrijas huele.

En este sórdido alboroto de sus contenidos deseos, cumplió la octava de sus jornadas, y cuando entróse el noveno día y dió vista al pueblo de Molina Seca, que era tanto como columbrar a Murcia, meta de su camino, aviváronsele de tal modo sus ansias que, saliéndosele por boca y ojos, hubo la hembra de recelarlas y aun prevenirse de ellas.

Macario, hasta allí cazurro y zonzo, por aprovechar los instantes, amañóse un brusco encontronazo de entrambas cabalgaduras, tal que Catalina zozobró en su asiento; mas como ella fuese harto lince en estas tretas, tomó por donde más quema aquel encubierto retozo, y, echando pié a tierra, desató la lengua para abochar sobre el arriero todo el saco de los vituperios.

—¡Quitate allá, mala mosca, que la honra se me sale por los zancajos! ¡A fé que habrán de oirme los jueces de este pueblo! ¿No habrá justicia para esta pobre cuitada?

Aturdido quedó Macario ante tan súbita rociada, y cuando la mujer apaciguó la taravilla, dijola en tono humilde, por aplacarla:

—¡Dígame, Catalina, que ello ha sido pura chanza de buena amistad!

— ¡A tu agüela con esa, perro judío, que no soy tan boba!—replicóle ella.

Hallábanse los que voceaban cabe los muros de la villa, y los chiquillos y vecinos ociosos acudieron al ruido de la contienda. A poco espacio, apareció también un alguacil, y ambos alborotadores fueron conducidos a la presencia del juez de Molina Seca.

El alcalde, oyendo razones, hizo meter en la prisión al pobre Macario, y dió suelta a Catalina para que, usando de la misma caballería, prosiguiera el camino a su talante.

Hízolo así la mujer, y aun no mediaba la mañana siguiente cuando, puesto el pensamiento en su malaventurado hombre, trasponía la puerta de Castilla de la ciudad de Murcia. Como fuera esta la primera vez que en ella posase, determinó emboscarse con la gente que, por ser jueves, acudía en tropel en derechura al Mercado.

Aturdíase Catalina en medio de aquella batahola humana, y tomándola por guía de sus pasos, dió al cabo en la anchurosa plaza, hecha enjambre de mercaderes, arrieros y trajinantes. Aunque maravillada de esto, pronto embargóle la atención una algarabía extraña que del centro del Mercado partía, y en la que confundíanse risas y voces con escandaloso estrépito.

—¿Qué acaece por ahí, buen hombre, que tal bullicio levanta?—preguntó al primer transeunte que halló cercano.

—No es cosa mayor—respondió éste—sino que ahí en la picota hacen justicia de cien azotes a cierto zángano de Huete...

—¿De Huete dijiste? ¡Malaventurada de mí y en qué negra hora me pariera mi madre! ¡Por Dios y por San Cayetano, abridme calle, que yo le vea!—gritaba Catalina metiendo la bestia a topa telondro por entre el apretado concurso,

En tanto, el sayón proseguía sacudiendo el zurriago sobre el reo, con la gravedad propia de su ministerio, y los chiquillos, gozándose de ello, contaban acompasadamente azote por azote.

Cuando Catalina emplazóse a vista del escarnecido Juan González, éste la miró con asombrados ojos, y ella, vertiendo por los suyos menos lágrimas, que malas y feas palabras por la boca, comenzó así a salpimentar cada golpe del verdugo:

—¡Por tu culpa!... ¡Por tu culpa!... ¡Por tu gravísima culpa!...

—Catalina, hija,—murmuró el marido con voz ahilada y suplicante—suspende la oracioncica, que hartó te la padeceré después.

Terminada la justicia, la mujer acomodó al doliente boca abajo en la mula y, en traza de espolique, sacóle del Mercado aceleradamente, en busca de un mesón en que reposar y reparar fuerzas.

Con los primeros claros del siguiente día, tomó el matrimonio la ruta castellana, y en ella no hicieron alto, hasta corridas diez leguas de jornada, si al pasar por Molina no percibieran un rumoroso bullicio que de la plaza Mayor partía, y les tuvo breve rato suspensa la atención.

Y era... ¡Era que en aquel punto y hora estaba el sayón descargando otro centenar de azotes sobre las posaderas del cerril Macario López. Reconocióle sin sobresalto Catalina, pero no quiso ni chistar siquiera. Miróle ahincadamente su

marido, aunque con ojos todavía moderros por la calentura de la azotaina, y como si soñara o delirase, dijo a Catalina:

—Jurara, hija, que ese malhadado, a quien zurrar el cuero, es Macario, nuestro vecino.

—Macario es, marido mío; pero pasemos de largo, hijo. En Huete sabrás la historia, que no estás ahora para cavilaciones—contestó la mujer.

—¿Acaso él te trujo?

—¿Me trujo esta bestia, que es de su recua?

—¿Y por qué ultraje le penan en este pueblo?

—Porque al muy bellaco, que en ocho días de andadura no dijo tús ni mús y fué la compostura misma, al llegar el noveno y a las puertas del pueblo, se le torció el aparejo y quiso saltar la barda.

—¡El noveno había de ser!—interrumpió Juan González. —¡Arrea, Catalina, arrea, que ya sé quién dices!

JOSE FRUTOS BAEZA.

Sutilezas de Abril

María estaba en aquella tierna edad donde la adolescencia ha borrado con sus deliciosas gracias las huellas últimas de la infancia, que al desaparecer se torna casi siempre desconcertada y mustia. El hada madrina de las muchachas que van a cumplir quince años había besado ya su frente y desde aquel momento apareció aureolada por un resplandor nuevo; brillaban más sus pardos ojos, casi negros, y en los labios que ella humedecía frecuentemente con su fina lengua, latía la sangre roja como un pétalo de amapola llevado por el aire de junio.

Cuando, caído el sol, salía a su huerto para coger las flores que cada mañana ponía al pié de una imagen de la Virgen a tiempo de rezarle sus habituales oraciones, se estremecían sus manos al cortar las rosas, como si fueran hermanicas suyas y temiera produ-

cirles daño. Para aliviarles el dolor de separarlas de su madre—María daba este nombre a las ramas de donde las cortaba—, las estrechaba apasionadamente contra su rostro, antes de prender algunas sobre el pecho, henchido dulcemente aquella primavera; un instante habían quedado sus labios dentro de las rosas: ¿qué fragancia habría triunfado en tan perfumada fusión?

En aquellas horas María se deleitaba en pasear lentamente, fijos los ojos en el cielo donde se encendían las doradas estrellas de los atardeceres; caminaba envuelta en una delicada fragancia y fresca brisa acariciaba sus oscuros cabellos, en tanto que la celeste lejanía colmaba de ternura sus imprecisos pensamientos.

Una tarde quedó en el huerto más tiempo que solía, sin recordar apenas que era pasada la hora de regresar a casa. Sentada en un banco bajo la cúpula de un cenador cargado de rosales, había visto llegar la noche tras un largo crepúsculo. Una melancolía cada momento más profunda la mantenía inmóvil, silenciosa; de pronto, escondió el rostro entre las manos y unos sollozos leves, trecados luego en llanto sin consuelo, fueron a conmover el alma de las flores. ¿Qué amargo pensamiento sacudía así a aquella dulce adolescente, apenas iniciada en su destino de mujer?

Viendo perderse entre el bosqueje aquel sendero que nacía a sus piés, María había presentido que su vida se alejaría un día entre sombras desconocidas que ahora la hacían temblar, y en su inocente miedo, lloraba confesándose a sí misma que no quería llegar a ser mujer. Un anhelo infinito de convertirse en una rosa blanca o rosa como aquellas que llevaba en el pecho, le transía el alma, y cuando más tranquila se puso en pié para marchar, al levantar al cielo sus bellos ojos anheló trocarse en una estrella pálida que a lo lejos, entre nubes azules, se veía escintilar.

JUAN GUERRERO.

POETAS EXTRANJEROS

J U V E N T U D

(DE GABRIEL VICAIRE)

¡Oh Juventud florida! Por tus rubios cabellos
y en tus ojos rasgados, donde brilla la aurora,
deja el sol el encanto de sus vivos destellos,
mientras besa el rocío tu planta triunfadora.

¡Oh dama de las claras mañanas! Tu hermosura
tiene luz de alegría y olor de primavera;
y eres como una esposa que al esposo ofreciera
entre flores y músicas la suprema ventura.

Vas, las trenzas deshechas y desnudos los brazos,
riendo entre las múltiples luces de las estrellas,
a tu paso, la bruma, rompiéndose en pedazos
va envolviendo tus formas y haciéndolas más bellas.

Tu hechizo es poderoso y dulce. Todo el mundo
doblando la rodilla te adora reverente,
porque en tí está el secreto poderoso y fecundo
por el cual es la tierra Paraíso esplendente.

Por tí el cielo se tinte de un azul más glorioso,
por tí tiene el paisaje más intenso verdor,
como si en él dejara su beso tembloroso
Abril, rey de la vida, la gracia y el amor.

Llenos de regocijo, cantan los ruiseñores;
tu influjo soberano les llena la garganta
y en las frondosas ramas se dicen sus amores.
¡Inunda las florestas la juventud que canta!

Tu esbeltez es la misma de la oriental palmera,
tu voz es el arrullo de un canto celestial,
es cándida y amable, penetrante y ligera
y tiene la frescura de un claro manantial.

Medrosa ó atrevida, ¡oh juventud amada!
eres de todos modos venero de ilusión
y lo mismo seduces cuando huyes asustada
como cuando te rindes para la posesión.

En el claro de luna de las noches serenas
tu boca es una fruta de un dulzor exquisito;

con el raro perfume que hay en tus labios, llenas
el ambiente y el alma de un misterio bendito.

A veces, ya cansada de buscar mariposas,
haces espejo tuyo la fuente de las hadas,
el olor de las lilas te llega en oleadas,
las libélulas buscan en tu rostro las rosas.

Luego, como Diana errante en la floresta,
el carcaj en la espalda, y al lado sus lebreles,
en un fondo azul pálido, que a tu hermosura presta
un mayor atractivo, el campo cruzar sueles.

Del alba que despierta, en la sutil neblina
a esa hora en que es la vida como un amable sueño
en que oímos los sonos de música divina,
nos invade el encanto de tu rostro risueño.

Y en la hora simbólica del crepúsculo triste,
cuando entre nubes cárdenas agoniza la tarde
que es la vida, aún fuerte, tu recuerdo persiste
y es algo tuyo el fuego que en nuestras almas arde.

Yo iba por un camino; yo era un niño inocente...
miré una luz extraña girar sobre la tierra,
que deslumbró mis ojos cual llamarada ardiente.
Desde entonces a mi alma una idea se aferra.

¡Juventud,—primavera, Juventud adorable:
lo terrible y lo hermoso, lo divino y lo humano
ha dejado a mis ojos de ser impenetrable
al verte, sonriéndome y una flor en la mano.

ENRIQUE SORIANO

NOTAS DE ARTE

Una escultura de Planes

El notable escultor murciano José Planes tiene estos días expuesta al público, en el establecimiento de cristalería y molduras del señor García Martínez, plaza de San Bartolomé, su última obra escultórica. Trátase de un trabajo de gran empeño, que será presentado en Madrid en la próxima Exposición Nacional de Mayo.

La impresión que, desde el primer instante, produce el conjunto de esta escultura, es la de una severa y armónica grandeza. Se ve que estamos ante la muestra gallarda y valiente de un arte robusto y nuevo, seguro de sí mismo. El asunto es bien sencillo: un hombre joven, de complexión atlética, descansa en decúbito casi supino, con el busto erguido y vuelto, en elegante escorzo, hacia el lado derecho para sostener con la mano izquierda una pequeña lápida o un libro, que mira muy atentamente. La cabeza, rasurada, fina y vigorosa, de puras líneas y nobles facciones, tiene una sugestiva expresión meditabunda. Toda la *postura* no puede ser de belleza más *estatuaria* y original. Inútil sería querer asociar a con la suave contorsión de *El galo moribundo* del período post-alejandrino o con la oblicua actitud de las figuras yacentes que Miguel Ángel hizo para los sarcófagos de los Médicis. La originalidad de la posición es innegable.

El señor Planes ha estado muy feliz e inspirado en esta parte, tan esencial en toda obra escultórica, y el mayor acierto sin duda que hay en esta estatua.

Su autor la titula *El reposo*. Tal título sólo le es apropiado a medias. *Reposo corporal*, hasta cierto punto, sí; pero no *psíquico*. Ese joven que se incorpora enarcando la cerviz, para pensar ante un libro, hace un interior esfuerzo, sin duda alguna. Su cabeza se inclina sobre el pecho, pero no como expre-

sión de fatiga ni descanso, sino de profunda meditación, de intenso trabajo mental. Es la testa de un pensador vibrante y viril en plena actividad cerebral.

Este contraste, algo antagónico, es otra de las mayores bellezas de la nueva escultura de Planes. Quizás inconscientemente, el joven escultor ha hecho con ello un hermoso símbolo: el cuerpo reposa mientras el alma trabaja y sueña; la materia, inerte y torpe, se abate pesadamente, mientras el espíritu, siempre activo, pujante, vital e ingravido, tiende de continuo a remontarse a excelsas regiones... También pudiera ser esta escultura el emblema de toda escultura, lo individual y concreto revelando lo genérico y lo abstracto; el bloque, condenado en la cantera a eterna inmovilidad y *reposo*, redimido de su inercia mortal por el golpe creador del cincel que lo anima y le infunde la vida del Arte, que es movimiento y es fuerza...

Seguramente, Planes ha querido condensar en esta obra suya todo un sistema estético, lo que pudiéramos llamar su dogma escultórico. Este pudiera sintetizarse en las siguientes ideas: todo arte debe estar en mutua concordancia, en íntima correspondencia con su medio de expresión. El arte escultórico *ha nacido* de la piedra, y debe, por tanto, tener como su más esencial atributo, como su característica más diferencial, su tendencia al *reposo*, a la inercia inorgánica.

Esta estética lleva consigo una saludable reacción en contra de las posturas teatrales, danzarinas y afectadas del ridículo barroquismo. ¿Cómo no ha de desdeñar un artista de buen gusto esos ademanes declamatorios e histrionescos, esas contorsiones epilépticas e inverosímiles de la vieja estatuaria de los siglos XVII y XVIII, que ha tenido lamentables derivaciones hasta nuestros días? No; el *dinamismo* escultórico debe limitarse a una serena armonía y equilibrio de las partes con el todo, al *ritmo* de las bellas proporciones y de la tranquila actitud.

Además hay una consideración filosófica que apoya racionalmente esta teoría. Es una ley estética que ya dejó entrever Lessing en su célebre *Laoconte*. El *espacio* es el elemento natural a que tienen forzosamente que circunscribirse y limitarse las artes plásticas

así como el *tiempo* lo es para la Música. El escultor y el pintor no pueden disponer más que de un solo *momento*, del momento *actual* en que queda como cristalizada y muerta su obra. Por ejemplo: en el cuadro de *Las lanzas*, de Velázquez, las llaves de la ciudad de Breda no acaban nunca de pasar de la mano del vencido a la del vencedor. La acción quedó paralizada en aquel único instante de que pudo adueñarse el pintor, sorprendiéndolo. Ni el escultor ni el pintor podrán decirnos, *simultáneamente*, lo que ocurrió antes o después del *momento* de su obra, aunque tal vez lo sugieran.

Ahora bien; el movimiento no es otra cosa que la sucesión de las distintas posiciones que toman los cuerpos en una sucesión de momentos. Al intentar expresarlo, tienen los pintores, y aun más los escultores, que patentizar la limitación de su elemento natural. El escultor, por tanto, debe ser muy parco en expresar el movimiento de los cuerpos, a fin de evidenciar lo menos posible la impotencia de su arte en este punto, rebasando sus naturales límites.

La estatua de Planes, de que venimos ocupándonos, tiene proporciones algo *gigantescas*: queremos decir que su tamaño excede un poco al natural. Tiene tamaño propiamente estatuario. La escultura es arte primordialmente de grandiosidad suntuaria y *monumental*; y como por esto han de ser casi siempre de considerable distancia sus puntos de vista, su índole no requiere por tanto acabada precisión ni extremado esmero en los detalles.

Consecuente con estas teorías, Planes ha modelado con gran sobriedad su escultura *El reposo*. Esa prolija minuciosidad en el estudio anatómico y casi quirúrgico de los miembros y de la musculatura, significará siempre una gran aplicación y habilidad en el escultor, pero es de una importancia accesoría y secundaria en la verdadera obra de arte. Lo que importa en ésta es que se exprese intensamente *la esencia o alma de las cosas*; y en los cuerpos, en su aspecto escultural, sólo se revela el espíritu por las actitudes naturales y por la armonía del conjunto.

Como una prueba más de su gran instinto

artístico, Planes no pertenece a esa escuela de artistas almibarados que parece que forman sus obras con alcorza de una empalagosa dulzura y de un academicismo frío y correcto. Nótase en cambio claramente el fuerte influjo que ejerce sobre él el arte sobrio, viril y recio de Rodin y aun el de nuestros compatriotas Claraes y Julio Antonio. La saludable sugestión de tales maestros ha proporcionado a Planes una orientación excelente, aun a trueque de perder, si no sabe emanciparse a tiempo, su espontaneidad y personal independencia.

En estas ligeras notas hemos querido exponer, a grandes rasgos, como una impresión meramente personal y subjetiva, la valuación que nos merece la última escultura de José Planes. En resumen diremos que nos parece un gran acierto de inspiración y de ejecución y un nuevo testimonio de sus grandes dotes y de sus rápidos progresos en el difícil arte a que se dedica.

Por ello nos complacemos en augurarle un seguro triunfo en la próxima Exposición Nacional, para su honra y provecho particulares y para gloria de esta tierra que le vio nacer.

JUSTO GARCIA SORIANO.

FLOREACIÓN DE ENSUEÑO



El caballero de la berruga que viene al parque de diario, cuando los bambinos ríen, es un hombre altamente simpático. Cierto que la berruga no responde al gusto ornamental de esta época; pero con todo, yo me concibo la simpatía que despierta dicho caballero, sin ese apéndice de color de berengena y sin esa voluminosa nariz que con él hace juego.

Va encorvado, apoyándose en un bastón de nudos; embute su cuerpo en una levita de tornasol verde mar. Anda arrastrando

los pies, unos pies enormes y sinuosos, opimos en callos, juanetes y otras garambainas así. Como no haga viento fuerte, cuando cae en un banco se destoca; y apoyando la barba en las dos manos—que ya se han cruzado sobre el puño del bastón—mira a los niños tiernamente, y sonríe. Para sonreír, las mejillas pliégansele circunscribiendo la boca dentro de un repetido paréntesis. Su calva fulge.

Los niños juegan. Las niñeras y las nodrizas departen; cuentan bellas cosas de sus señores respectivos, y para subrayarlas, a guisa de comentario, ríen con estrépito.

Aquí el alma del caballero de la berruga se apercibe a una espectación voluptuosa. Los niños juegan, atolondrados, porque no tienen freno, y dan voces y las repiten; y de la garganta de uno, surge una risa de cristal. El viejecito tira hacia afuera del escote de su chaleco para que el pecho se le espacie. Su alma delicada tiembla de júbilo.

Porque este señor viene a deleitarse con las risas femeniles e infantiles que surcan los ámbitos del parque a la hora del véspero. Risas ingrávidas, risas ondulantes, risas musicales todas transportan al viejo de placer y lo suben a las lindes del éxtasis. El sabe recoger en el santuario de sus gustaciones aquellas risas, y las *comprende* y las pondera y las contrasta, y acaba por efundirse en ellas. En el pájaro que arpegia, en el agua que resbala, en el viento que se enreda a las ramas de los árboles, oye él una risa cándida además. Y como no lejos de allí corre un regato; y como por encima de su cabeza oscilan gravemente, llevando el compás de una mágica rapsodia, las ramas de las acacias florecidas, este peregrino caballero de la berruga color berengena, siente que su espíritu se le escapa del todo, y que un gironcito de ese espíritu transmigra al cáliz de una flor entreabierta, y otro gironcito a la nítida espuma del agua, y otro a las cuerdas vocales de cierto mirlo flautista aposentado en la copa de la araucaria grande.

¡Ah, si él fuera otro niño como los que allí alborotan! Agua sosegada, agua ingenua, agua gemela del piano de una adolescente: él te acariciaría con unas manos redondeadas y mórbidas, las miraría a través de tu

transparencia, se las llevaría luego húmedas a la otra sutilísima morbidez de los labios y te daría un beso. Tú lo sabes, tú eres capaz de saberlo, agua cantarina...

Pero al fin el caballero piensa que harto es ya conocer los secretos de tanta música y gustarlos calladamente, sin que nadie lo advierta, ni se lo censure, ni se lo envidie. Porque él podría metodizar sus observaciones y sus impresiones, apañarlas y escribirlas sobre medio millar de hojas de papel, y publicar un libro titulado *Estética de la Risa*; pero prefiere que todo ese tesoro de emoción quede inédito.

Un aro vestido de rojo, con cascabeles, viene rodando hacia él, y cae. Los cascabeles ríen tenuemente. Detrás acude Bebé y mira al viejecito con atención. Ni su papá, ni su mamá, ni su chacha, ni el ama seca tienen una nariz tan gorda o una berruga tan pintoresca en la mejilla. Bebé es intrépido y no siente, como sus camaradas de esparcimiento, una extremada pavora delante del caballero; lo mira de hito en hito. Entonces el caballero abre su paréntesis fisiológico cuanto le es dado. Quiere decir que ensaya la más bondadosa de sus sonrisas, dejando entrever algún diente que otro más allá de los labios. Bebé tiene un vislumbre de la satisfacción que en aquel caballero produce su oficiosidad, y acaba por acercarse. Y poco a poco, empinándose, va a posarle el índice en la berruga para cerciorarse de su realidad. Bebé ríe con timidez; ríe con confianza; ríe con desenfado; ríe, ríe, ríe...

Por la noche sueña el viejecito. Está sumido entre las sábanas y lleva un gorro puntiagudo de dormir; a su boca emergen profundos ronquidos. Sueña que Bebé y otros ángeles le rodean riendo una risa mejor y más depurada que cuantas oyó acá en la tierra. Todos aquellos ángeles baten alas de mariposa. A él también le salen otras alas de mariposa, y entonces se va con ellos y con su gran gorro de dormir a un parque del Paraíso, donde las linfas claras y tranquilas glosan un dulce motivo de risa celestial. Su cara esplende beatitud. Y de la berruga le brota una rosa alejandrina.

José BALLESTER

REMEMBRANZA

En un rincón florido de la huerta murciana, en la casita alegre que una parra sombrea, entre azahares y rosas he visto una huertana hermosa y adorable cual la divina Idea.

Sus ojos soñadores de ingénita dulzura revelaban el fuego de un alma apasionada, y su mórvido seno de pálida blancura la belleza exquisita de su cuerpo de hada.

Las cadenciosas notas de su voz argentina sonaban, cual riente cascada cristalina, en el silencio augusto de la huerta frondosa

y aspirando el perfume de su gracia divina, contemplé emocionado su imagen peregrina como en su trono excelso se contempla á una
(diosa.

FRANCISCO E. AGUILERA.

El Árbol de la Paz

A mi nieta Mercedes C. y G. V.

El anciano general tenía el cuerpo acribillado por las heridas que había recibido combatiendo en nuestras últimas guerras civiles, en la de Melilla, en Cuba y en Filipinas. También estaba cargado de medallas, cruces, bandas y placas; pero retirado al cumplir la edad reglamentaria, aunque todavía desconocedor de los achaques propios de sus años, fué a residir a una población levantina, donde entretenía sus ocios cultivando cierto huerto, que era su encanto.

A pesar de haber vivido casi siempre en campaña y de que aprovechó las temporadas de descanso para profundizar sus estudios militares, era ferviente entusiasta de la paz, y odiaba la guerra, considerándola como el conjunto de todas las calamidades que pue-

den abrumar el país. Sin embargo, hizo un sacerdocio de su profesión militar, porque al elegirla consideró que se había desposado con la patria, y que a servirla exclusivamente debía dedicar su vida entera. De tal modo se consagró a ella que no se le conocieron otros amores. Hizo sin embargo compatible su amor a la patria con el de la paz porque la miraba como el mayor de los bienes. No obstante su amor á España, no menguaba el que tenía á la humanidad.

A la vez era un católico ferviente, que aborrecía cuanto pudiera tener sombra de odio, y así trató con la mayor benevolencia a los heridos y prisioneros y a los habitantes del teatro de la guerra, evitando y reprimiendo con mano dura todo exceso que trataran de cometer sus soldados. Es que al cesar el fuego tenía muy presente que todos los hombres somos hermanos,

A poco de haberse retirado, comenzó la guerra entre Austria y Servia, y el mismo día plantó en el centro de su huerto una estaca de olivo y al rededor no volvió a cultivar nada. Dijo que había elegido el olivo, recordando que fué árbol fecundado por las lágrimas del denominado por el profeta Isaías el Admirable, el Consejero, el Dios, el padre del future siglo y EL PRÍNCIPE DE LA PAZ. Luego hincó allí un poste con el rótulo: «El Arbol de la Paz». Rectificábanle diciendo que debiera haberlo titulado «El Arbol de la Guerra», pero él insistió en la denominación, asegurando que a la vez que circulaba por los hilos telegráficos la declaración de la lucha que aflige al mundo, había caído en tierra la semilla del árbol de la paz y que cuando más tardara en mostrarse al exterior, con mayor pujanza brotaría, por que estaban fertilizando su suelo la sangre de millones de héroes y las lágrimas de millones de madres, de esposas y de huérfanos.

Leía mucho de la guerra y en su casa entraban a montones periódicos nacionales y extranjeros y centenares de libros y folletos. El general procuraba juzgar los hechos con la mayor imparcialidad, tributando calurosos elogios a la bravura de los soldados de todas las naciones combatientes, encomiaba las nobles acciones de estos y su piedad en

socorrer a los adversarios heridos y en mejorar la suerte de los prisioneros; pero le indignaba sobre manera cuanto se escribía en desprestigio de los naturales de cualquier país; porque atribuía la culpabilidad de los hechos indignos a la guerra, avivadora de todas las malas pasiones y amparadora de toda clase de crímenes.

Dolíaale, sobre todo, que los de cualquier bando motejaran o calumniaran a sus adversarios, y condenaba al fuego todas las hojas de los libros y folletos en que se contenían noticias de algo que no era la lucha que conduce a la victoria, sino que debiera ser comparado con la asquerosa baba del reptil, y dedicaba las cenizas a abonar su Arbol de Paz. Decía que bastante lamentaba no poder hacer lo mismo con todos los impresos análogos que inundan el mundo, y que sólo sirven para avivar el odio entre hermanos. Lamentaba este odio por estimar que era la peor de las consecuencias de la guerra, ya que contribuiría a dificultar la reparación de los estragos y acaso a preparar la lucha futura, sin duda más destructora y larga que la presente.

Creía que no por ello debieran resignarse los hombres de buena voluntad a ver reinar el odio sobre la tierra, sino que era indispensable sacasen fuerzas de flaqueza, para combatirlo por todos los medios nobles y dignos, estando principalmente obligados a ello los católicos, los cristianos y cuantos han encomiado la fraternidad. Asignaba el papel de batidores de esa cruzada a los súbditos de las naciones neutrales, porque el amor patrio no les cegó lo suficiente para hacerles creer lo increíble y para infiltrar en sus almas odios más que africanos.

Añadía que la quema que efectuaba de papeles infamantes, era también símbolo y recuerdo de que debemos ahogar en nuestros corazones toda mala semilla, todo germen de prevención contra cualquiera de los beligerantes, por que sólo admiración deben producir sus virtudes y lástima sus debilidades, que al cabo son hombres, y por ello están expuestos a tropezar y a caer.

No bastaba, a su juicio, con plantar el arbolito y con abonarlo en la forma dicha. Se le deberá mirar con atención, a fin de que nos recuerde que hemos de prepararnos afa-

nosamente y con espíritu previsor para la paz, y sería criminal el descuido, sobre todo en los beligerantes, por que en cuanto llegue su ansiado día, empezará inmediatamente la lucha económica, y ¡ay de las naciones que no se hayan preparado para afrontar los conflictos que se presenten! Ya venza uno u otro grupo de aliados, ya queden ambas partes extenuadas, que es lo más probable, los países previsores serán los que triunfen en esa lucha posterior. Así pues, la nación que no se resigne a desaparecer ha de empezar por explotarse a sí misma, para no exponerse a ser borrada de la lista de los estados independientes.

Sostenía que así como cada ciudadano tiene el deber de servir a su patria en tiempo de guerra, según se le pida y a medida de sus fuerzas, sin que la nobleza de la sangre ni la riqueza sirvan como excepciones, al llegar a la paz se exigirá a cuantos ciudadanos haya que colaboren a la vida económica de la nación, limitándose el derecho de propiedad lo suficiente para que toda porción del territorio produzca cuanto deba producir y esperando de la organización lo que el siglo pasado se esperaba de la libertad y del individualismo.

Decía que las naciones que hasta el fin de la guerra conserven la neutralidad, además de la ventaja de no tener que reparar ruinas, de no haber perdido lo mejor de su población, con lo que aumenta considerablemente la proporción de los menos aptos para la vida, y de no haber contraído obligaciones que consuman un crecidísimo tanto por ciento de la producción nacional, habrá dispuesto de tres años lo menos para prepararse. La que así no lo hubiere hecho, saneando la Administración, en sus diversos grados, si era insana; mejorando la Instrucción pública, si era deficiente; moralizando el país si la inmoralidad reinaba; avivando el amor a la patria, si en los nacionales dormitase; limitando el mal y estimulando el bien, no se podrá quejar de las consecuencias por dolorosas que sean. Y los individuos que, conociendo el mal, se hubieren concretado a lamentarlo, alentándolo con su pasividad, merecerán llorar, como débiles mujeres, lo que por falta de energía no pudieron corregir. En cambio el que haya cumplido con su

deber en todos terrenos, aun el mismo día del desastre, si llegara, tendrá el consuelo de pensar que de haber hallado suficiente número de imitadores se hubiese conjurado el daño. Por eso recomendaba a todos que no se transigiera con la inmoralidad en cualquier forma que se presentase, y que todos cumplieran su deber, sin vacilaciones ni debilidades.

Así se expresaba el anciano general, mientras erguía su cuerpo y brillaba en sus ojos ya la esperanza, ya el desaliento.

R. CODORNÍU.

REBUSCOS

El celoso Fajardo



Cuando el Licenciado Cascales, hombre demasiado crédulo en materia de heráldica y blasones, escribió el breve historial genealógico de la casa de Fajardo, que precede a sus *Discursos históricos de la ciudad de Murcia*, no podría figurarse, seguramente, que su contemporáneo y amigo don Alonso Fajardo y Tenza, que tanto se había distinguido en el asalto del fuerte de Rembergh, y era á la sazón Capitán General de Filipinas, había de salir rodando por las columnas de las gacetas y periódicos, trescientos años después.

Así ocurrió cuando, años atrás, se inauguró la temporada del Teatro Español, de Madrid, con el drama de Calderón «El médico de su honra», uno de los más repugnantes que se han escrito acerca de la quebradiza y difícil materia del honor agraviado. Los críticos y revisteros dijeron entonces que Calderón se había inspirado en cierto suceso histórico ocurrido a Fajardo, siendo capitán general de Filipinas. Creo que todas las versiones arrancan del mismo punto, o sea del relato hecho por el fraile recoleto Fray

Juan de la Concepción, en su «Historia de Filipinas».

Si hoy poseyésemos toda la documentación necesaria, sería curiosísimo el estudio psicológico de aquella nidada de hidalgos gallegos, trasplantandos de Santa María de Ortigueira á los valles de Murcia, donde echaron en poco espacio de tiempo tan hondas y enmarañadas raíces. El grupo, familiar, por su recia compleción moral se adapta admirablemente al medio que le rodea y a la índole de los tiempos, excesivamente duros. Los hombres son todos gente de presa, grandes alanceadores de moros... y de cristianos también, que es lo peor del caso; calatravos y santiaguistas, por sus hazañas militares, por donaciones y mercedes reales, por alianzas matrimoniales, llega a ser una de las casas más poderosas de España, hasta el punto de despertar recelos en el Poder real. Violentos y crueles en la represión y el castigo, eran inaguantables cuando se trataba de juzgar en causa propia. Habían acaparado y vinculado en ellos todo cuanto estuvo a su alcance: adelantamientos, encomiendas y señoríos, títulos de Castilla, capitánías generales, etc. Para los admiradores inconscientes del pasado, es un caso edificante de nepotismo retrospectivo.

El don Alonso a quien nos referimos, no discrepaba de su gente en las condiciones buenas y malas; era señor de las villas de Ontur, Albatana y Espinardo, y Comendador del Castillo; había desempeñado el cargo de teniente de Adelantado, en Murcia; y sus hazañas en Flandes habían sido numerosísimas, entre ellas la del fuerte de Rembergh de donde lo retiraron malamente herido de cinco arcabuzazos. Cuando Cascales preparaba la publicación de su obra, don Alonso fué nombrado gobernador de las Islas Filipinas, siendo el 9.º de los que desempeñaron este cargo. Y sin embargo, el gran poder que comenzó con Alonso Yáñez Fajardo, empezaba a declinar; aquellos tres aguileones sobre ondas de azul y plata que figuraban en el blasón, tendrían pronto que ir a posarse alicortados, sin picos y sin garras, en las tres ramas de ortigas verdes en campo de oro, que recordaban su vieja estirpe.

La fama de bizarría y pericia militares

que alcanzó don Alonso bajo las banderas del Marqués de Espínola, le llevaron á la capitania general; y aunque Felipe II pensó confiarle una poderosa armada que limpiase de piratas holandeses el archipiélago magallánico, no llegó á realizarse esta empresa; y don Alonso recibió, con el nombramiento, la orden de embarque. Acompañado de su esposa doña Catalina de Zambrana y de un séquito numeroso, hizo el viaje por Nueva España, desembarcando en Veracruz, reembarcándose en el puerto de Acapulco, en el mar Pacífico, para desembarcar en Cavite el día 8 de Julio de 1618, con gran asombro de los navíos piratas que navegaban por la inmensa bahía de Manila. Un viaje de un año, que hoy se hace en 25 días.

Durante su mando en Filipinas, logró dominar la sublevación de Bohol, y cortar muchos abusos, poniendo en vigor algo de aquellas admirables Leyes de Indias, que casi siempre fueron letra muerta. Pero á los cuatro años de posesionarse del cargo, ocurrió el trágico suceso, origen de la leyenda. Tenía doña Catalina Zambrana relaciones íntimas con una persona de calidad á quien concedía entrevistas en casa de un *tercero*. Rondaba una noche el Gobernador, y ya fuese porque la casa le pareciese sospechosa, o porque tuviese confidencial noticia de su deshonor, entró en ella y (dejemos la palabra a Fray Juan de la Concepción) «encontró allí a su mujer en traje indecente, y que manifestaba su gravísima culpa; llevado el noble caballero del ardor de su propio agravio, resolvió grandemente una ejecutiva y ejemplar venganza; mandó llamar a un confesor y le previno (a su esposa) que se dispusiese con él para morir; ni las lágrimas, ni súplicas interpuestas del confesor, para que la determinación se conmutase, tuvieron lugar ni aplacaron su exacerbada cólera; acabada la confesión entró el mismo gobernador y con sus mismas manos a repetidas puñaladas le quitó la vida». El cómplice pudo huir. Y la casa teatro de estos crímenes fué arrasada.

Dos años después, en Agosto de 1624, moría don Alfonso «de profunda melancolía», que no pudieron templar ni su soberbia, ni su empeño de justiciero.

Fuó enterrado en el mismo sepulcro que

su víctima. Y ambos esperan la resurrección en el sagrado suelo de la Capilla Mayor de la iglesia de Recoletos, de Manila.

* * *

No tenemos otros antecedentes de este interesante suceso, aunque a juicio nuestro, don Alonso Fajardo no tiene gran parecido con el frío, astuto y sanguinario don Gutierre, personaje repulsivo, que no se atreve con el Infante; pero se atreve a unas segundas nupcias con doña Leonor, dispuesto siempre a dar una sangría suelta.

Los eruditos murcianos ¿tienen noticias inéditas acerca de este episodio? ¿Las habrá en el archivo (si se conserva) de la casa de Fajardo?

JOAQUIN BÀGUENA.

Murcia y el centenario de Zorrilla

La insigne ciudad de Valladolid, a iniciativa del culto literato y catedrático de aquel Instituto don Narciso Alonso Cortés, ha celebrado, el día 21 del pasado Febrero, el primer centenario del nacimiento de su hijo ilustre el inmortal poeta don José Zorrilla. ¡Bienaventurados los pueblos que se acuerdan de rendir homenaje a los hombres geniales que en ellos han nacido! Al glorificarlos se glorifican ellos mismos, y dan pábulo a la llama inextinguible del Ideal.

No todas las ciudades tienen la gloria de haber visto nacer en su seno poetas de la altura del autor de los *Cantos del Trovador* y del *Don Juan Tenorio*. Pese a sus detractores y al snobismo estético de algunos galicursis poseurs de nuestra literatura actual, la gloria de Zorrilla será inmarcesible mientras se entienda la lengua de Cervantes y haya corazones capaces de sentir la belleza.

Como ninguno otro, fué sin duda Zorrilla el poeta más genuinamente español y más representativo de la Raza, en todas sus grandezas y en todos sus defectos. El alma

fiera de Castilla, heroica, altiva, ingenua, jactanciosa y romántica a la vez, nunca tuvo mejor cantor ni más fiel intérprete. Con sus mismas palabras, puede de él decirse:

«Tiene que es de nuestra tierra
el tipo tradicional,
tiene todo el bien y el mal
que el genio español encierra.

Que, hijo de la tradición,
es impío y es creyente,
es baladrón y es valiente
y tiene buen corazón.

Tiene que es diestro y es zurdo,
que no cree en Dios y le invoca,
que lleva el alma en la boca
y que es lógico y absurdo.»

Aquellas glorias esplendentes de nuestra áurea edad, deslustradas y marchitas por más de dos siglos de vergonzosa decadencia, fueron exhumadas por el inspirado trovador y en sus rimas sonoras y viriles hallaron nueva vida para asombrar al mundo. El recio y épico espíritu del Romancero salió de la tumba de los siglos para transmigrar al alma de Zorrilla y dar su postrer adiós a la España moribunda. Con Zorrilla se fué nuestro último poeta nacional y se cierra el ciclo de nuestra tradicional y vibrante poesía legendaria.

¡Pobres musas españolas! ¿Quién las conoce hoy? Ahora, como avergonzadas de serlo, se pintarrajean el rostro con afeites franceses y se disfrazan con modas *boulevardescas*, creyéndose así más *chic* y distinguidas!... ¡Hasta su prosodia y su originalidad la traducen del francés, y muy a lo parisién guturalizan la *r*! Serviles confiesan su indigencia nativa y piden de prestado al vecino que antaño se afanaba en imitarlas.

Zorrilla, que quiso recoger en sus versos los latidos de toda España, no pudo olvidar a Murcia, la hermosa tierra de la luz y de las flores y la ensalzó en bellísimas estrofas. En su inspirado poema *De Murcia al cielo* describe, con acento vibrante y espléndidos colores, la hermosura triunfal de esta incomparable Huerta, de donde la Primavera no se ausenta nunca.

Murcia tiene por ello contraída una deuda de gratitud con el glorioso poeta. ORÓS-

PEDA quiere asumir modestamente la representación de esta ciudad y corresponder de algún modo al insigne cantor que la encomió en sus versos, dedicando a su memoria estas sentidas líneas como humilde y fervoroso homenaje.

JUAN ORIOL

CONSEJA

Para Raymonde de Back

«Escucha, niña adorable,
la de las trenzas de oro,
de los ojos de nereida
y de los labios en flor;
escucha la sonatina
que desgrana un trovador
glosando sus amarguras
en añoranzas de amor.»

Oye, el doncel ha empezado,
y es tan dulce su canción
que un ruiseñor ha callado
envidiando su áurea voz.

«Princesina
de belleza la más pura y más divina,
castellana
de las ansias de vivir, la soberana,
»Soy el trovador
»que llorando amores
»cuenta los dolores
»de su corazón;
»Soy el amador
»que su eterna cuita
»con ansia infinita
»lanza en su canción;
»soy el andariego
»que en la mandolina
»sus versos combina
»sin otra ilusión
»que la de que luego
»que besen tu oído
»busques el latido

«de mi corazón.
 »Luz de aurora,
 »consuela mi alma que suspira y llora;
 »Flor de nieve,
 »dáme una sonrisa de tu boca breve.
 »Niña bella,
 »Por que me ilumine la luz de tu estrella.
 »Princesina,
 »Que me dice tu sonrisa muda y fina.
 »Castellana,
 »que musitas con tus labios rojo y grana.
 »!Oh mujer!

«Si te dueles de mi triste padecer.»

Calla el trovador

y en la noche oscura

una dulce voz

se oye que murmura:

«Poeta andariego y triste,
 »que con tu voz quejumbrosa
 »dices que soy muy hermosa
 »y nunca me conociste.
 »Comprendo tu vano empeño;
 »sé que soy tu desventura
 »y quisiera, por ventura
 »hacer realidad tu sueño;
 »pero no puedo, poeta,
 »porque nunca supe amar,
 »nunca he sabido llorar
 »ni he sentido el alma inquieta.
 »Mas si no puedo calmar
 »tu sed ardiente de amores,
 »un doblón te voy a dar
 »porque calmes los dolores
 »que tendrás de no yantar...»

El trovador ofendido
 contestó a la castellana
 con el corazón herido
 por su palabra villana:

»Falsa luz,

aun más que la mía pesará tu cruz

Mujer nivea,

ya ¿para qué quiero tu sonrisa breve?

Niña bella:

«hay cuán engañosa la luz de tu estrella».

Marchóse el trovador noble, altanero;
 la primera fué reina y se enteró
 de que el humilde y triste cancionero,
 pensando en ella de dolor murió.

Niña de las trenzas de oro]
 y de los labios en flor,
 si feliz ansías ser

y llegar al triunfo un día,
 no hagas caso del querer,
 ríe de él siempre a porfía;
 pues si Cupido te hiere
 con sus flechas aceradas,
 como el trovador que muere
 verás tus dichas truncades.

El amer es un tesero,
 no hay que pensar en amor...
 niña de las trenzas de oro
 y de los labios en flor.

ENRIQUE CASTAÑO GALLOSTRA.

Bibliografía

«JARDÍN INTERIOR»

Con este sugestivo título ha publicado recientemente en Madrid el conocido escritor don Gustavo Morales un hermoso libro, que ha tenido a bondad de enviarnos.

El señor Morales tiene bien cimentada su reputación de literato en largos años de fecunda labor y repetidos triunfos. Sus obras son muy numerosas: *Figuras de cera*, *Leyendas para el siglo XX*, *De mi huerto*, *El Indiano de Valdella*, *Amor y Amor*, *Más allá*, *Luz de la sombra*, *Don Profundis*, *Cuentos*, *Campañas políticas*, etc. De muchas de ellas se han hecho repetidas ediciones; algunas han merecido el honor de ser traducidas al francés. En toda esta abundante producción mostróse siempre sutil observador de la vida, pulcro estilista y narrador fácil y ameno.

Aunque don Gustavo Morales no pertenece a la nueva generación de escritores,—a la del 98,—aunque se formó en una época en que imperaban un gusto y unas ideas literarias opuestos á los actuales, su espíritu progresivo, dúctil y siempre joven ha sabido renovarse y seguir sin esfuerzo las corrientes modernas. Buena prueba de ello es su último libro «Jardín interior».

Es esta obra un nuevo aspecto, una más brillante faceta de su ingenio complejo y vario. Hasta aquí se había dado a conocer el señor

Morales como exquisito cuentista y novelista de grandes recursos imaginativos; en esta última producción se nos revela como recio pensador de sólida y selecta cultura, como un profundo filósofo de muy originales y sorprendentes puntos de vista.

«Jardín interior» es un libro de gran madurez, en que una vigorosa inteligencia y una sensibilidad delicada han ido condensando todo el caudal de ideas y sentimientos atesorado durante una larga vida consagrada al estudio. Como a través de un celaje brumoso de encanto y de misterio, van insinuándose y cruzando con destellos cegadores ante nuestro espíritu, profundas reconditeces del pensamiento, eternos y transcendentales problemas, atinadas observaciones y mágicas perspectivas de la Belleza y del Arte. Es un libro amenísimo y hondo, que abre insospechados horizontes al pensamiento y nos deja, después de su lectura, impregnada el alma de una dulce, vaga y melancólica poesía.

Como una pequeña muestra, copiamos a continuación algunos de los párrafos de «Jardín interior», en que el señor Morales diserta elocuentemente acerca del Arte:

«El arte es siempre idea; su vestidura material ha de tener método, cadencia, medida humana; no es menester que sea, no debe ser fácilmente inteligible, al menos en su contenido trascendental; basta que lo entiendan y concuerde con los semejantes; para el vulgo necesitará el disfraz plebeyo de la parábola, del mito, de la parte más humana y sencilla de su contenido; por eso las grandes obras tienen su glosa necesaria y su aspecto íntimo.

Amadís necesitará siempre el coro de grandezas humanas, ser a modo de rey para tener de cortesanos al populacho intelectual, que no admite matices, el día o la noche, el déspota o el demagogo, el contraste violento efectista. El alba y el ocaso, lo indeciso, la penumbra, pertenecen como dominio propio e intangible a los artistas.

El arte ha de tener la medida de lo humano. Una montaña, para interesarnos como tal montaña, ha de verse en toda su magnitud desde alguna lejanía, ha de suponer esfuerzo supremo el escalarla, debe tener laderas abruptas, acantilados, precipicios; pero, en definitiva, no imposible de verse en conjunto, no imposible de escalar.

La montaña que no alcanzaran los ojos de la

cara a ver, no sería admirada aun cuando a los ojos del entendimiento se presentara con toda claridad y en toda su excelsitud.

El golfo Paternópeo, la bahía de Río Janeiro, el Cuerno de Oro, son de los más hermosos paisajes del globo, porque caben en los linderos ordinarios y corrientes de la visión humana.

El Mediterráneo, el mar Jónico, el golfo Índico, serán más hermosos para las águilas, que, desde la altura, pueden abarcar toda su extensión con una mirada.

En el firmamento estrellado, aun siendo abarcable a la mirada, la mente se pierde; ni de una vez, ni por series, nos cabe en los ojos tanta grandeza, y son precisas las sugerencias de la razón ilustrada para sumar con la visión sublime la mayor sublimidad de las cifras inacabables, sin límite posible; por eso Leopardi se siente ahogado por tanta intensidad; el alma parece dilatarse fuera de nosotros, perder la conciencia de sí misma, disolverse en nebulosa de indefinidos y no limitados confines, y, al volver a ajustarse a la medida humana, se empequeñece y se siente como humillada por el fracasado empeño de querer adquirir la noción de lo infinito.

La obra de arte en sí carece de sustantividad, hay que referirla a una intención, tiene que producir emoción proporcionada al entendimiento y preparación artística de quien la examina.

En la música, cada raza dará a los sentimientos una expresión análoga al modo de expresar los efectos en cada pueblo: el furor hará vibrar el metal, por ser símbolo de la guerra la forma más terrible del enardecimiento pasional, y de la cuerda saldrán las frases melancólicas del alma enamorada, languideces supremas, fervorosas plegarias, plañideras estrofas, enardecimientos pasionales.

Se trasladan al pentágono en forma de notas aquellas modulaciones que toman las súplicas, los ruegos, las oraciones, y el artista, del niño y la mujer tomará los gritos de angustia que llegan más derechamente de los oídos al corazón, renunciando la entonación viril, imperativa, grave, que se impone sin lograr jamás la blandura necesaria para conmover.

El idilio rústico tiene su fondo de paisaje; y la madera que secularmente se prestó fácilmente a los instrumentos musicales campesinos; evocará los prados floridos, el arroyuelo que por ellos discurre, las ramas que el viento agita en blandas y repetidas zalemas, las dulzuras de la

vida campestre, su recogimiento y tranquilidad incomparables.

Una audición de Beethoven, de Mendelshon, de Wagner, en su trilogía especialmente, produce exquisito placer, y, al mismo tiempo, un a modo de cansancio cerebral, porque cada nota evocó, llamó, golpeó a las veces, a la puerta de todos los recuerdos que la mente conserva; y tuvieron que desfilan forzosamente por nuestra fantasía, en pos de aquellos sonidos, un mundo de ideas distintas en cada uno de los que oyen, porque responden en cada caso a la historia intelectual de cada ser, y hacen vibrar también en cada uno aquellas fibras delicadas, y, a veces, tan doloridas, de nuestro pasado.»

INFORMACION

Un triunfo del Sr. Báguena

Nuestro querido compañero de Redacción el insigne erudito don Joaquín Báguena acaba de obtener una honrosa distinción, que por lo inusitada y la importancia extraordinaria que supone, bien puede considerarse como un gran triunfo.

El notable artículo que con el título de *Boche* publicamos en el primer número de nuestra Revista, correspondiente al 1.º de Diciembre de 1916, ha sido reproducido en primera plana por el importante diario parisiense *Le Gaulois*, en su editorial del 12 de Febrero próximo pasado.

Como recordarán nuestros lectores, el señor Báguena hacía en el trabajo aludido un concienzudo estudio etimológico del vocablo «boche», cuyo origen y puntual significación había sido tan discutida, sin conclusión satisfactoria, por los más ilustres filólogos y académicos franceses.

El señor Báguena demostró plenamente en su artículo, con copiosos datos y lógica irrefutable, la exacta y verdadera etimolo-

gía de la palabra «boche». Al reconocerlo así el autorizado periódico de París, ha hecho justicia a nuestro compañero transcribiendo su trabajo.

La traducción francesa, de admirable exactitud y corrección, se debe al culto publicista murciano don Manuel Melgareje, hijo del difunto Marqués del Valle de San Juan, que tan acreditados tiene sus méritos literarios en su asidua colaboración en los periódicos madrileños y en sus versiones españolas del teatro de Ibsen y de «El desconocido» de Tristán Bernard.

OROSPEDA hace suyo este éxito, del que alguna parte le corresponde, y felicita muy efusivamente al querido compañero por tan merecido y lisonjero triunfo.

Joaquín Dicenta

El 21 del pasado mes fué un día de luto para las Letras españolas.

En la vecina ciudad de Alicante, cerca del mar latino, que él amó tanto, y donde había ido a buscar una tregua a sus dolores físicos, ha muerto Joaquín Dicenta.

El popular autor de *Juan José* fué el portavoz de los humildes y de los desheredados de la Fortuna. En su prosa, cálida y viril, palpitaba el alma del pueblo, y su frase resallante y colorista fustigó sin descanso las injusticias sociales. Con él ha perdido la Democracia española uno de sus más esforzados y consecuentes paladines y la Literatura contemporánea uno de sus más legítimos prestigios.

Descanse en paz el insigne escritor.

CONFERENCIAS

Por falta material de espacio y exceso de original, contra nuestro deseo no nos ha sido posible reseñar en nuestro número pasado ni el presente, las conferencias dadas en esta ciudad durante las últimas semanas.

Nuestro compañero de Redacción el catedrático de esta Universidad y elocuente orador don Pedro Font y Puig disertó sobre el tema «Círculo Católico de obreros» en el Centro de este nombre.

El ilustrado jurisconsulto don Luis Luna reanudó las conferencias organizadas con tanto acierto por el Ateneo Escolar, leyendo

un interesante estudio acerca de Saavedra Fajardo.

La siguiente conferencia escolar corrió á cargo del aventajado alumno de Derecho señor Conejero, versando sobre el importante tema de la delincuencia infantil.

La labor de los tres conferenciantes fué del agrado del público, que la premió con repetidos aplausos.

Reciban nuestra enhorabuena.

LOS QUE EMPIEZAN

Desde el presente número comenzamos a dar cabida en nuestra Revista a algunos trabajos de escritores noveles, que merecen ser estimulados en sus plausibles aficiones.

En esta consideración, suplicamos para ellos la benevolencia de nuestros lectores.

LIBROS NUEVOS

CRÍTICA

CANSINOS ASSENS, R.—*La nueva Literatura (1898-1900-1916)*.—*Los Hermes*: Salvador Rueda, Rubén Darío, Unamuno, Baroja, Azorín, Marquina, Valle-Inclán, Martínez Sierra, Trigo, Villaespesa, Juan R. Jiménez, A. y M. Machado, Ayala.—Tomo I.—Madrid, V. H. de Sanz Calleja.—3'50 ptas.

NOVELA

MATA, Pedro—*Corazones sin rumbo*.—Madrid.—Sucesores de Hernando.—'916.

POLÍTICA

BERNHARDI, El general Federico von.—«Unsere Zukunft»: *Nuestro porvenir*. Una palabra de advertencia a la nación alemana.—Versión española de Emeterio Muga.—«Biblioteca de actualidades políticas».—Editorial Cervantes.—Valencia, 1917.—3 ptas.

PRADO Y PALACIO, José del.—*Hagamos patria*. Estudio político y económico de problemas nacionales de inaplazable solución.—Madrid, 1917.—6 pesetas.

ARTE

Ciudad Rodrigo.—Cuarenta y ocho ilustraciones con texto de Luis M.^a Cabello y Lapiedra.—Vol. 13 de la colección «El Arte en España».—Edición «Thomas».—Barcelona.—1'25 ptas.

TEATRO

VILLAESPESA, Francisco.—*La maja de Goya*.—Episodio dramático en tres actos y en verso.—Madrid, Calleja.—3'50 ptas.

El Alcázar de las perlas.—Tragedia en cinco actos y en verso.—Barcelona, Sopena.—1'50 ptas.

VARIOS

EL CABALLERO AUDAZ.—*Lo que sé por mí* (Confesiones del siglo).—2.^a serie.—Madrid, V. H. de Sanz Calleja.—3'50 ptas.

CUEVA, Manuel de la: «Pensamientos, máximas y consejos entresacados de las obras de Cervantes al alcance de la inteligencia de los niños por...».—Madrid, «Renacimiento».—1916.—2 ptas.